

695782

21 diciembre, 1970, p. 2.

OBRAS Y AUTORES: b

Enrique Lafourcade: Variaciones Sobre el Tema de Nastasia Filippovna

Por Hernán del Solar

Las andanzas de Enrique Lafourcade son únicas en nuestra literatura. Atraviesamientos que enojan o atrapan admiración. Basta su solo nombre en un círculo cualquiera —cuanto más grande, mejor— para que la mitad pierda los estribos en una vehemente emboscada, y la otra mitad se afirme en ellos para la alabanza. Uno y otros gesticulando, poniendo en la voz la catapulta agresiva, o el halo que en los grabados sirve por igual a los santos, los emperadores, o los que de repente escapan del infierno. En buenas cuentas, nadie permanece tranquilo. Y Enrique Lafourcade, con entera conciencia, con irónica desaprensión, o por simple costumbre, lo que siempre quiere es tranquilizar. Escribe algunos libros para ser leídos por el revés o el derecho, opina en la televisión, en el periódico o en el libro como adivinando que provocará hipertensiones, baile de San Vito, o simplemente un coma precipitado. Entre tanto, como si nada ocurriera, o tal vez deseando que ocurra lo mayúsculo, trabaja apasionadamente. Es un trabajador formidable. A los cuarenta y ocho años de edad lleva escrita una nutrida biblioteca. Es una de esas asombrosas producciones que parecían reservadas a esos inolvidables varones de otros tiempos que entre libro y libro, todos ellos una auténtica pirámide, dejaban pasar apenas media hora de sueño y, al despertar, sólo una galleta con mantequilla. No hicieron otra cosa que escribir y suspirar porque la vida es corta y no dejaba escribir un poco más. Pero Lafourcade no vive encerrado entre libros y papeles. En ocasiones, pasa algunos días trabajando y luego, claro, se echa a descansar y a reír de buena gana. Porque es hombre que escribe con alegría. Y lo hace no porque escribir le sea fácil, como si le viniera dictado desde el más allá, cosa difícil porque los que ya se hallan tan lejos no tienen lengua rápida, preocupados como están de dedicarse a la eterna abstinencia o el dictorio inacabable. Escribe tanto por razones más sencillas: ama la literatura y necesita imprescindiblemente echar fuera lo que vive invadiendo su imaginación. No hay entre nuestros escritores otra tan inquieta, robusta, generosa, parlanchina. Se estretiene en el quehacer más serio y entretenido porcerlo todo palas arriba. Esto enfurece a los que se marean y creen que los pies afirman, que son una base estable, sólida, y que la acrobacia es sólo piruetas de circo. La

imaginación de Enrique Lafourcade está habituada a creer en lo increíble. Por eso es buen novelista, gran novelista, inconfundiblemente, el mejor de los que aquí tenemos. No somos dogmáticos: de los que seguimos tenemos por ahora. Pero no venimos a asomar otro que se lo quiera parecer, o pueda conseguirlo. El tiempo lo dirá, entre muchas otras cosas que piensa muscular algún día.

En el año recién pasado publicó dos libros: "Inventario I" (Nascimento) y "Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna y el Príncipe Mishkin" (Editorial Planeta, de Barcelona). En el primero encontramos al periodista que con extraordinaria agilidad mental, risa estrepitosa o callada, sonrisa cordialmente burlesca, habla de cuánto pasa ante sus ojos, cosas y personas, hechos y deshechos, convirtiéndolo todo en bocazos noveleros que hacen reír, o estimulan alguna reflexión de cara grave. En el segundo de los libros tenemos una de sus mejores obras, una excelente novela.

Como en todas sus novelas —o la mayoría, para no ser tan categóricos— el lector comienza por afirmarse en la silla para no salir disparado vociferando. ¿Qué demonios se le oísta? ¿Qué nueva burla es ésta? ¡Hasta cuando y hasta dónde? Ya está bueno. Pero el primer brinco pide volver a la silla, abrir el libro nuevamente, y no se vuelve a brincar sino de vez en cuando. El cuadro (o como quiera llamarse a su rico lenguaje) que se desata artísticamente, y luego encuentra ataduras casi clásicas, y vuela sobre cada página un vocabulario caudaloso, y se burla de quien no le pese debida atención, porque se queda el infeliz sin entender palabras. ¿Capricho? ¿Deseo de exhibir virtuosismo verbal, frecuentación de diccionarios, guías amistosos o perversos a la gramática? Pues, todo lo contrario: Shadow boxing de excelente novela, que golpea a las sombras y las locas gramaticales, las ideas y las sensaciones, ejercitándose para darle a la realidad una paliza renovadora. El caso es que Lafourcade es un escritor realista de gran clase. Odia el realismo —esto es evidente—, pero a la realidad la misma enriquecindola.

Hace poco —el 21 de diciembre, en este diario— con el título de "Dos muñecos de cera protagonizan novela", el escritor se acerca a sus lectores para

ayudarles a comprender con cabal acierto. Revela que Nastasia y el Príncipe —personajes de Dostoiévski— son dos muñecos excepcionalmente construidos para desempeñarse como personajes auténticos. Gente de carne y hueso, un tanto extraña, sin duda, pero dueña de su vida y de su muerte. La verdad es que no hay necesidad alguna de leer "El Príncipe Místico" del inmortal ruso para entrar en este mundo imaginario de muy amplios límites y clima acogedor. La mencionada novela es mero punto de partida. Ni eso siquiera. Dos de sus personajes, la mujer y el príncipe, son los que —transfigurados— vienen a parar en la novela del chileno. Nastasia y Mishkin, rusos hasta la médula, nacieron en el Mercado Persa. Y resolvieron vivir en Santiago. La novela es esencialmente santiaguina. Excelentemente proyectada la vida de la ciudad y muchos de sus característicos personajes. La realidad es respetada con cariño imaginativo. Para que no se vuelva rutinaria, el novelista le otorga las más inesperadas posibilidades, y se suceden aceleradamente las acciones que el lector común considera inverosímiles, y bien miradas son la verdad misma, hechos, situaciones reales que pueden servir de modelos a los que moldean la vida de este mundo donde nos hallamos. El lector se encuentra, en un vasto universo donde muchos hábitos, relaciones, édecas acos tamboradas, que conocemos sabrádamente, son lanzados por la imaginación al olvido. El mundo novelesco se rige por normas diferentes. Reales, autoritarias, que con notable vitalidad se entregan a una movilidad infatigable, a los cambios que, con buen aliento, crean espacio y tiempo repletos de contradicciones. Todas defendibles y apetecibles. Los muñecos de cera de nombre ruso son santiaguinos y colaboran, entre muchos otros, a que la vida de la ciudad sea precisa, bulliciosa, digna de vivirse.

Uno de los elementos que mayormente contribuyen a que los personajes sean de carne y hueso y el artificio de ciertas situaciones sea realidad pura lo constituye el diálogo. Lafourcade domina el arte de dialogar (y el del monólogo) y con palabras justas manifiestan que el mundo en que soñan es, con su alma novelística, auténtico, inobjetablemente vivo, nostre, de nuestra época, tan parecido a sí mismo que no hay espejo que lo traicione.

Enrique Lafourcade: Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Lafourcade: Variaciones sobre el tema de Nastasia Filippovna [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)